

Francisco García Pavón
**Una semana
de lluvia**



A finales de agosto, cuando Tomelloso se dispone a celebrar sus fiestas patronales, una intensa lluvia se instala en el pueblo y desluce las verbenas y festejos. Guarecidos bajo el techo del casino y el bar de la Rocío, Plinio y don Lotario salen del aburrimiento para investigar la aparición de varias chicas embarazadas que se han quitado la vida. Mientras los vecinos pierden los nervios con el mal tiempo y se lanzan locamente a la búsqueda del preñador desconocido, el jefe de la Guardia Municipal y su ayudante siguen las escasas pistas abiertas, sorteando los charcos que cortan su camino e intentando apaciguar los ánimos vecinales.

Una semana de lluvia mezcla la intriga policíaca con un retrato social de la España de los años setenta mediante personajes como Coño Venegas, el cantor protesta conocido como el Giocondo o don Sebastián, apuesto y adinerado, que comparte su vida con tres mujeres extrañamente bien avenidas.

PRÓLOGO

MI admiración hacia Francisco García Pavón ha crecido con el tiempo, las relecturas y las calles de Tomelloso, en cuyo aire seco y limpio las palabras flotan como pájaros.

En la plaza y en el Casino de la ciudad manchega, el espíritu y la estatua del escritor siguen empuñando la pluma. Don Francisco no está solo. Tiene su pueblo, sus lectores y algún editor, como Jesús Egido, empeñado en la noble tarea de rescatar y divulgar su obra.

García Pavón, padre de la novela policíaca española, era, es y seguirá siendo de allí, de su mundo real y literario. Los actuales habitantes de Tomelloso son hijos y nietos de sus personajes.

El primero de ellos, Manuel González, Plinio, fue nuestro detective inaugural y el único que no imita, homenajea o replica a los modelos extranjeros.

Este inteligente y modesto guardia municipal, a ratos alegre y cervantino, ora melancólico, taciturno, se ha colado por la puerta grande de la novela negra a base de desayunar chocolate con churros y almorzar con un asesinato resuelto. Y no de cualquier modo relatado, sino a la densa, colorida, irónica y tierna manera narrativa de un García Pavón que, como Plinio, crece a medida que el tiempo nos deja entrever, entender, su providencial nacimiento a la novela de acción y su decisiva saga de episodios detectivescos.

Aunque el maestro ya naciera con la sabiduría del misterio y el secreto de la tensión narrativa, e innatamente supiera tanto de técnica como una Agatha Christie o un Raymond Chandler, Tomelloso no es Londres ni Nueva York y no debió resultar fácil para García Pavón adaptarlo como marco de sus novelas de intriga. Al cabo de su magna obra, sin embargo, la atmósfera y el escenario de Tomelloso, sus fiestas, su puesto de buñuelos, el coche de don Lotario, la tertulia de los cabos, los señoritos, esa mujer juncal con que siempre soñó el autor y el calor de los cuerpos en el aire seco y limpio de la ciudad, donde deseo y crimen flotan como las palabras y los pájaros, juntos y a menudo revueltos, se erige como un gran logro. Como el cimiento de una serie policíaca y la piedra de toque que convertiría a su autor en uno de los más relevantes prosistas de la segunda mitad del siglo XX español. Heredero de Cervantes, de Pérez Galdós y Baroja.

Una semana de lluvia nos abre de par en par las ventanas de la España interior y el mundo pequeño y grande a la vez, universal y local de Tomelloso y de su escéptico «pantocrátor», Francisco García Pavón. Sus dimensiones, correspondientes a las de la naturaleza humana, se ensanchan o entenebrecen con las pasiones, tal como corresponde al limbo que quiere ser cielo, pero que es infierno, de la novela. En el presente argumento, una muchacha ahorcada en el camarón de una casa del pueblo abrirá las páginas a la acción y a la labor deductiva de «Plinio», porque las puramente literarias ya las había inaugurado el autor con la primera y antológica escena del café.

Don Francisco es un mago cuyo arte no se nutre de alfombras voladoras ni de mujeres que duermen con Chanel n.º 5, sino con la realidad vista a través de los ojos velados por la picadura de tabaco de un policía —«el policía» por excelencia— español, aquel entrañable y necesario Manuel González, que en esta novela que ustedes tienen en sus manos piensa, deduce y actúa durante una intensa semana,

bajo la lluvia, frente a la muerte seca y brutal a la que tan bien conoce.

JUAN BOLEA

*A mis hermanos
Mari e Isaac
García Pavón*

VIERNES

PLINIO, a pesar de ser hombre más que maduro, cuando llegaban los días feriados del pueblo, allá por la cola del agosto, se sentía *renovalío* y bullente. Tal vez sus mujeres le contagiaban la comezón. Pasada la Virgen de agosto, cuando pintaban las uvas, presas de un telele ancestral, ellas empezaban la faena de enjalbegar la fachada, pintar las puertas y hierros de color verde —la portada un año sí y otro no—; encintaban el patio, lavaban los visillos y podaban los hierbajos de los arriates que festoneaban el corralazo trasero... De suerte que al llegar el día de la pólvora —víspera de ferias— la casa de puro relucía, imponía mucha purificación. ¿Qué esperaban «sus mujeres» de la feria, aparte del turrón y mazapán que Plinio les traía de casa de la Elodia? ¿Qué aguardaba el propio Plinio, ya canosos los pelos del pecho, de la semana de feria, a no ser vestirse el uniforme nuevo todos los días, pasarse más rato en el Casino e ir «de servicio» a los toros y al circo alguna tarde? A todo lo más, pasear algún día con don Lotario o sus mujeres por el ferial. Pero lo cierto y fijo es que, a pesar del reducido catálogo de esperanzas, Manuel González, alias Plinio, Jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, cuando la feria del pueblo asomaba la ceja por el calendario, como en sus tiempos mozos, sentía la sangre más líquida y que nuevas rúbricas de sonrisa y desparpajo le acudían a los labios y al ademán.

Pero el año que digo, las cosas se malterciaron el mismo día de la pólvora para no remediarse en toda la semana.

Cuando Plinio acabó aquella mañana sus burocracias, señalamiento de servicios especiales y dejó en su punto las órdenes oportunas del señor Alcalde y del presidente de la comisión de festejos, con sus pasos calmos, se llegó al Casino de San Fernando para tomar las primeras cervezas de la feria. Además, estaba citado al filo de las dos con don Lotario; Claudio Arrarte, que les iba a presentar a su nieto de dos años; Luis Pérez, que por vez primera venía a pasar la feria al pueblo; Recinto el exiliado, que se había revencinado luego de treinta años por América, y Coño Venegas, que cumplía sus primeras cincuenta ferias y quería hacer «un estropicio» —son sus palabras— por si no volvía a efectuarse parejo cumplimiento. Pues según decía, todos los de su familia que él alcanzó celebraron el primer centenario igual que el segundo, es decir criando malvas.

Al cruzar la plaza, Plinio echó un ojeo al cielo por cima de la visera de su gorra gris, porque lo sintió de pronto excesivamente capotón, sin pensar que aquella súbita cobertura fuera a tener más ley que una tormentilla canicular de ésas que aventan los últimos polvos de las parvas, barnizan las hojas de los árboles y dejan luego un oreo perfumado y respiradero. De pronto la plaza se había cubierto con una boina de nubes luteñas, y todo el pueblo parecía más recogido, protervo y silencioso. Ya en la misma puerta del Casino sintió un amago de trueno y no sé qué aliento cálido que le trepó por las bocas del pantalón. Entró y notó en seguida el bulle-bulle de más gente que la habitual a aquella hora en días ordinarios y el flamear de sonrisas y compadrazgos, que sólo cuajan en vísperas de festejos y huelgas. A pesar de esta animación, por causa de las nubes, el salón bajo del San Fernando aparecía ensombrajado y cenicero.

Iba hacia la barra buscando la compañía, sin reparar en la retaguardia, y fue de ésta precisamente de donde salió el vozarrón de Claudio, que con su deje entre vasco y tomesillo lo reclamaba:

—¡Jefe, aquí!

En ancho coro, junto a un ventanal, estaban los contertulios dichos y otros fuera de cuenta, que con mucho regocijo y palabrería bebían de las jarras de cerveza con bigote de espuma y pinchaban en los muchos platos de aperitivo que había sobre los mármoles. Ante el ambiente plomo de la plaza que se veía tras los ventanales, la cerveza era un consuelo de luz.

—Ha llegado la FBI, compañeros. Se acabó el hablar mal del régimen —dijo Claudio con ademanes muy aspavientosos y hechos con una sola mano, mientras con la otra sostenía sobre las rodillas a su nieto, casi recién estrenado—. Le presento, Jefe, al que le va a quitar el puesto, porque va a ser más listo que usted como de aquí a Lima. Plinio le hizo una tímida caricia al chavalete y en seguida felicitó a Benito Venegas, alias *Coño Venegas*, que se lucía, convidador, con muchos ofrecimientos y sonrisas. Tomó asiento, y Moraleda, que estaba al cuidado del cumpleaños, le trajo una jarra de cerveza y cortezas fritas, que le gustaban a Plinio como aperitivo de arranque.

—Pero Manuel, tome usted langostinos, que los paga *Coño*.

—Después.

Luis Pérez, con la cachimba en el rincón de la boca, sonreía a medias contemplando a *Coño* y a Plinio. Éste ofreció un trozo de corteza al nieto, que se la comió bizqueando un poco, como es natural, cuando se mira lo que se engulle.

—De modo, Venegas, que cincuenta años. ¿Y qué tal te han caído? —(Plinio).

—*Coño*, malamente.

—¿Por qué, hombre?

—Coño, porque es una edad sin fácil doblete.

—Nunca se sabe.

—Coño, ¡y qué no!

—El hermano Escobillas llegó a los ciento cuatro —notificó Claudio.

—Ése, coño, es que tenía la potra mayor del pueblo. Pero yo no.

—¡Ay, qué tío! Y qué tendrá que ver.

—En serio, coño. Yo me noto el cuerpo muy *desavenío*.

Cada vez que Venegas decía su coño estribillo, y lo venía diciendo desde que era niño, los contertulios se reían.

—Venga, Benito, ámate, a ver si eres capaz de hablar una frase completa sin recostarla en el coño —le invitó Claudio.

—Coño, Claudio, qué cosas tienes.

El coro de risas fue un disparo general, pero no cumplió su curva de entonación, porque de pronto se alumbró el cielo con un relámpago tan ancho y llameante, que todos, casineros y peatones, tuvieron que cerrar los ojos y dar una encogida como si les echaran la luz en la cara. Apenas se apagó el relámpago, se hizo un silencio temeroso en espera del trueno aparcerero, que llegó a su aire con menudo temblor de cristales.

—¡¡Coño!! —gritó Venegas con el jarro de cerveza en suspenso.

Sucedieron otros truenos comparsas, de menos orquesta, que todo el mundo recibió callado, menos el nieto de Claudio que rompió a llorar con muchísima congoja.

—Calla, hermoso, calla chico... Es el coño más a cuento que te ha salido en tu vida, Venegas... Calla hermoso, si ya se ha *pasao* —decía Claudio atendiendo al nieto y al cumpleaños con la misma boca.

Ardieron en seguida nuevos relámpagos, no tan lucidos como el delantero, con sus respectivos acuses tronadores, y sin chispeo anunciador, arrancó a llover tan aína y cortinero, que en pocos segundos no veían la frontera Posada de los

Portales. Y como si cada adoquín fuese un manantial, la plaza se anegó supitaña.

Cuantos estaban en el Casino abandonaron vasos y partidas para acercarse a los ventanales y ver aquel descenso de aguas, entreverado de granizo, tan furioso. Los dos camareros, Perona y Moraleda, el repostero Eugenio, su mujer, su hijo y el conserje, se agolpaban contritos ante las cristaleras como si desfilasen por la plaza todos los enemigos del orden y del bien común.

Si parecía que iba a amainar el chaparrón, de pronto llegaba el alerta de nuevos relámpagos, el calderoneo de sus truenos anchos, y con nuevo aliento arreciaba el aguacero como si fuese a convertirse el pueblo en puerto de mar, según prometió aquél que antaño se presentó a diputado.

—«¿Qué queréis, hijos de Tomelloso?».

—«Que hagan el pueblo puerto de mar».

—«... *Concedió*».

A los quince minutos poco más o menos del primer ataque, el agua rebasó las aceras y se colaba bajo las puertas del Casino.

Poco a poco se distendieron los nervios y volvieron a oírse palabras sueltas, a verse lumbres de cigarros y reencontros con la copa y la partida, augurando todos mal tercio para la feria y el viñedo.

Chorreando las barbas y la melena, con la camisa de cuadros azules y blancos empapada, apoyándose en la muleta, y una guitarra enfundada colgada en bandolera, entró *Cachondo Mudela*. Se plantó en el comedio del Casino, se sacudió el agua con vibraciones zoológicas y se sentó, dejando sobre otra silla muleta y guitarra.

José Mudela, que así era su nombre —aunque él quería que le llamasen *Giocondo* y la gente le decía *Cachondo*—, era un medio mendigo, cantor de protesta, natural de Burgos, que había caído por el pueblo cuando la última romería de la Virgen de las Viñas y allí se quedó en espera de la feria. Debía andar sobre los cincuenta años y era hombre

de poco hablar y mucho mirar. Mientras le traían el café, de cuando en cuando, como un león de dibujos animados meneaba las melenas para escurrirse el agua, sin dejar de mirar con cierta enfática obsesión el mármol de la mesa.

Los contertulios de Plinio, al ver que *el Cachondo* se quedaba transido y sin reprise, hicieron gesto de no entender y mecieron los vasos para resucitar la espuma de la cerveza, amainada con tan larga suspensión. Calló o casi calló el nieto de Arrarte, y Venegas, dando palmadas para quitarse el susto y a la vez llamar a Moraleda, voceó:

—¡Moraleda, más cañas y combebibles, coño!

Rieron todos, pero menos que con el coño anterior, hasta que Claudio, para continuar la subida de ánimos, voceó también:

—Moraleda, coño, ¡cañas!

Se generalizó la conversación con el nuevo servicio y aunque el agua seguía ciliciando los cristales con parejo encono, volvieron a los humores de antes. A Plinio le gustaba la cerveza de entrada, para matar la sed gorda o regar la plaza, como allí se dice. Y don Lotario, siempre atento a los deseos de su amigo y ejemplo, así que bebieron el segundo jarro, dijo como ocurrencia propia:

—Si nos pasáramos ya al vino no sería ninguna tonteería... Que la plaza fijaros como está ya.

Por los últimos veinte años, en Tomelloso sólo bebían la cerveza los señoritos distinguidos. La verdad es que el aperitivo no se estilaba. Como casi todos eran entonces viñeros o trabajaban en bodegas —ahora hay más empleomanía— el vino era especie doméstica que a nadie se le ocurría buscarlo en establecimientos. En los casinos se bebía café y refrescos; y en las tabernas aguardiente. No existían bares.

Y vino había en todas las casas para remedio de cualquier sed. El obrero de bodega cada media hora se echa un trago y lía un cigarro. El viñero, que llevaba la bota atada a los varaes del carro —ahora tractor—, cuando el sol lo deja sin saliva se da un lavativazo de chorro fino. El que es-

taba en el patio de su casa sin faena, esperando visita o algún muerto amigo para echar la tarde, cuando llegaba al límite del aburrimiento se bajaba a la cueva pasico, y allí, a la fresca, le daba un tiento al jarro cubierto con tapetillo para evitar mosquitos, liaba su pito, y subía despacio, pantaloneando, a ver si pasaba otra hora...

Y al llegar los bares, primero el Americanbar en el Paseo de la Estación y luego el bar Medina en la plaza, se democratizó la cerveza y en aquel pueblo de caldos anegadores las gentes se dieron a beberla tirada, de barril. De ser bebida señorita pasó a ser popular y hoy todo el mundo antes de ir a la comida o la cena se cañea un rato. Digamos que es una tradición distinguida. Últimamente, la gente un poco fina va haciendo algunas concesiones al vino paisano, y después de tirarse unas cañas al paladar, pone un epílogo vinatero.

—Yo sigo con las cañas, coño —dijo Arrarte.

—La cerveza es hermosa —dijo Recinto el exiliado alzando la jarra— porque siempre es mucha; es líquido de grandes tragos. Rubia de muchas hechuras que no cansa, hace la boca espuma, y riega muy bien toda la fisiología. Durante estos años siempre me acordaba del vino paisano, pero a la hora de las comidas la cerveza, que es de todo terreno, me hacía mucha compañía. Entra a chorro grande, como las alegrías, y siempre pone a las gentes de excelente natural.

—Eso de que es rubia de muchas hechuras está bien traído —dijo don Lotario—. Pero después de una rubia amplia no viene mal una morena recortada y violenta como el vino de catorce.

—Pero hombre, don Lotario, no lo creía a usted tan polígamo —dijo Claudio.

—Coño, don Lotario polígamo.

—Recinto, está usted muy poeta —le dijo Perona que baceaba en el corro.

—A mí la cerveza siempre me trae suavidades —siguió el exiliado con halago—. No me imagino esas orgías en las que dicen que bañan a las hembras con champaña. Qué picor, y qué caro baño. Me gustaría bañar en cerveza a alguna que yo me sé y verle discurrir la espuma por la canal maestra... y florecerle alrededor de los pezones.

—Pero, coño, que hay aquí una criatura de dos años —interrumpió Venegas—, no digas obscenidades.

—Cono... cono... —dijo el niño riéndose.

—Toma del frasco, la única obscenidad que aprendió fue tu coño.

—Cono... cono.

Y todos se rieron más que en toda la mañana con el sorpresivo decir del niño.

Giocondo, que se había echado la camisa de cuadros azules sobre los hombros para distanciar la humedad, dormía o parecía dormir con las melenas sobre la cara. Tenía pinta de figura de cuadro amanerado. A Recinto el exiliado, ya bien cano, moreno y de cara larga, le había quedado para siempre semblante de nostalgia. Parecía que sus ojos no miraban, sólo reflejaban. Y al hablar movía la mano con lerdido compás, como si soñase con lejanos cardinales. Tenía acento mejicano y algo de corneja despaciosa.

—La cerveza es vino hembra.

—Sí, hombre, sí, cansino, hembra rubia. Si ya lo has dicho —comentó Claudio que ya estaba cansado del discurso.

Plinio, con su tinto a mano, lió un «caldo» sin dejar de mirar al ventanal. La lluvia, ya sin relámpagos ni ruidos, seguía constante, gris, en paz. Los que refugiados en los soportales aguardaban que escampase, impacientes ya, cruzaban a pancho, chapoteando en las charcas turbias. Uno cruzaba la plaza con el hijo a hombros, despatarrado sobre su nuca. Otro, un mozalbeta, haciendo payasadas. Y una mujer, gritando, riendo, con las faldas recogidas. El cielo estaba tan prieto que parecía la caída de la tarde. Los perfi-

les de los bebedores de la mesa de Venegas semejaban turbios cachos de nube y las luces de los cigarrillos tenían un tinte de coral suave. Los casineros que quedaban lejos de las ventanas se veían como sombras pintadas en el último término de un cuadro nórdico. Las conversaciones se espaciaban mucho y las palabras salían blandas, como dichas a distancia.

—Anda, coño, se ha dormido el nieto.

Claudio lo tenía acunado entre los brazos y lo miraba entre tierno y burlón. La corbata, ancha y de lunares profusos, le caía al niño sobre la frente. Plinio miraba el cuadro con gesto paternal y el cigarro en «el rincón del córner» como decía Perona. A veces, si la lluvia se amainaba un poco, era para tomar fuerzas y arreciar de seguido.

—Coño ¿sabéis lo que digo?: que comemos aquí. Ya está. Paga este cincuentón. Así no hay quien se vaya a su casa, coño.

Todos se miraron con aire de no despreciar la idea. Luis Pérez echó una risa al del reconvide, con la cachimba entre los dientes; y Plinio y don Lotario se hicieron un gesto de conformidad.

Benito Venegas, por nombre público *Coño Venegas*, gordo y corto de cuello, parecía llevar la cabeza simplemente superpuesta en los hombros, sin puente ni remedo de cuello. Y siempre decía riendo o haciendo como que reía, con los ojos muy guiñados y gesto de sublime inocencia. A veces, también es verdad, cuando se quedaba callado o de testigo de parla, se ponía de un serio gilipollas.

—Coño, Moraleda, sigue trayendo tapas, pero a base de doble y con pan.

El conserje dijo a Claudio que lo llamaba Lucila, su mujer, por teléfono.

—Dile cómo estoy. Que tengo el muchacho dormido. Que ya iremos. Que cuando se despierte le daré un yogur.

Moraleda no se hartaba de traer bandejas con tapas humeantes, y todos masticaban y bebían despaciosos, con los